

La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO V. }

MÉXICO, NOVIEMBRE 15 DE 1875.

{ NUM. 96.

CONVERSACIONES

SOBRE

LAS OBRAS DE DIOS

Y LAS

BELLEZAS DE LA NATURALEZA.

CONVERSACION SEGUNDA.

CONFIGURACION DE LA TIERRA.

Apénas era de dia cuando Valeria se despertó, fresca como el tierno capullo de una rosa, contenta como una curruca. La encantadora niña, acordándose de la promesa de Elvira, se dió prisa para ir á abrazarla, manera cariñosa de interrumpir su sueño.

Las dos amigas se vistieron con precipitacion, salieron y dirigieron su paseo hácia una senda sombreada por una doble fila de avellanos, á los cuales, de trecho en trecho, se mezclaban arbustos odoríferos, y brillantes flores. La trepadora madreelva y

el jazmin de embriagador perfume, varias especies de clematitas, bosquetes de alba-espina y de rosales silvestres, enlazaban sus espinosas ramas y sus flexibles tallos, confundian sus blancos festones, sus ramilletes de rosas moribundas, y sus guirnaldas de embalsamadas campanillas. El aire, aunque un poco vaporoso, era suave y agradable de respirar: estaba cargado de esencia y melodías.

La estrecha senda, tornando casi en espiral, conducia por una suave pendiente á la cumbre de una colina, cubierta de verde alfombra, en la cual se elevaba una capilla, cuyas blancas paredes, techo ceniciento y agudo campanario, pintado de azul, se apercibian desde lejos á través del follaje de las encinas que rodeaban el santo monumento, cubriéndolo de una fresca y movable bóveda.

Aquel modesto edificio estaba consagrado á NUESTRA SEÑORA DE LOS PÁMPANOS VERDES. El cultivador viene á orar en ella con bastante frecuencia, asustado por haber visto levantarse sobre la ladera vecina una nube densa y amarillenta, cuyos bordes rojizos y marcha mesurada anuncian contener el funesto granizo, terror de aquellas comarcas, que arrebató en pocos instantes los trabajos de un año, y que, inteligente al parecer del mal que ocasiona, deja madurar los racimos para destruir-

los en el momento que el viñador se apresta á recogerlos. ¡Oh! ¡con qué sombrío silencio recorre entonces sus devastados viñedos! ¡En vez de la alegre vendimia que iba á comenzar, en vez de un año de abundancia y holgura que se prometia, halla un año de miserias, de crueles privaciones, de sudores sin goces, de sufrimientos sin alivio!

Por eso, desde que una de esas fatídicas nubes se muestra en el horizonte limitado, pero de un límpido azul, de nuestras campiñas, corren á implorar á la santa patrona de estas cabañas, para que aleje el infortunio, y á veces bien de continuo; la negra nube pasa sin descargar su furia, pasa sin detenerse por encima del valle y de la doble cordillera que lo limita: el desolador granizo vá á devastar otras comarcas. Los aldeanos agradecidos, honran con un piadoso culto á su misericordiosa protectora, y le han consagrado especialmente varios dias del año. El primer domingo de Setiembre, la capilla se encuentra adornada, desde el amanecer, con pámpanos y flores; los viñadores, precedidos de un estandarte, se dirigen procesionalmente á ella repitiendo el estribillo de un antiguo cántico, y llevando con campestre pompa el primer racimo maduro, modesta ofrenda que depositan á los piés de la Virgen de mármol negro, la cual, dicen, expresa ordinaria

mente con una inclinación de cabeza que favorecerá los deseos de los buenos aldeanos, y que acepta las primicias de su recolección.

Nuestras dos amigas caminaban silenciosas por la senda que acabamos de describir. Elvira caminaba con paso lento, y la joven Valeria corría alegremente delante de ella; pero la pobre niña no tardó mucho en reunirse con su compañera.

Valeria.—¡Pobre Elvira! tú no puedes correr tanto como yo. Apóyate en mi brazo; apóyate bien. Dáme tu álbum, tu libro, tu sombrilla; yo te los llevaré. Vamos despacito, y háblame un poco de las obras de Dios.

Elvira.—Yo te he dicho que Dios crió la tierra y el globo que habitamos.

Valeria.—¿El globo que habitamos? ¡Pues qué! ¿es un globo?

Elvira.—Un globo es un cuerpo redondo, una bola. Sí, amiga mía; por mas extraño que esto te parezca, la tierra es lo que se llama un esferoide, es decir, que tiene una forma casi redonda.

Valeria.—Eso no es posible: si la tierra fuese redonda, no habría ni montañas, ni valles, ni ríos como ese en que el pobre Pedro, nuestro vecino, se ahogó el otro día con sus bueyes y su carreta; tan profundo es ese remolino del río, que no han podido sacarlos de él.

Elvira.—Mira esta naranja, Valeria; se la tiene por redonda, ¿no es verdad? Y sin embargo, ya ves que la cáscara está cubierta de asperezas; pero son demasiado pequeñas para cambiar la figura general de esta hermosa fruta. Del mismo modo, las elevaciones y las profundidades que hay en la superficie de la tierra son demasiado poco considerables para alterar sensiblemente la configuración general de este planeta.

Valeria.—Pero si las montañas son muy grandes! Mira: ahí tienes el valle, que está allá abajo, muy lejos! y sin embargo, nosotras no estamos mas que á la mitad del camino de la capilla.

Elvira.—Pues hay montañas mucho mas grandes, como tú dices, que esta. Los Pirineos, por ejemplo, que separan la Francia de la España, tienen en sus puntos mas elevados diez mil trescientos treinta y dos pies sobre el nivel del mar, es decir, veinte veces la altura de esta eminencia que nosotras subimos, y que solo merece el nombre de colina. Los Alpes, entre Francia, Alemania é Italia, son aun mas altos que los Pirineos. El pico mas elevado de los Alpes, llamado el monte Rosa, tiene catorce mil trescientos ochenta pies de alto.

Valeria.—El monte San-Gotardo, que tú me hiciste ver el otro día en un cuadro, ¿no está tambien en los Alpes?

Elvira.—Sí, y es el punto central de estas montañas; pero no es, ni con mucho, el mas elevado, aunque su altura excede de seis mil pies; porque, sin contar el monte Rosa, son notables en esta cordillera el *Finster aarhorn*, que tiene trece mil doscientos cuatro pies; el *Jung frau*, de mas de doce mil; el *Storehorn*, de la misma altura que el precedente; los montes de *Glanirsk* y de *Stella*, el primero de los cuales tiene ocho mil novecientos pies y el segundo siete mil cuatrocientos ochenta y dos; y otros muchos de una elevación prodigiosa. Hay aún montañas mucho mas considerables. Las mas elevadas del mundo entero, así como los mas caudalosos ríos, se hallan en la América meridional. Allí es donde está la gigantesca cordillera de los Andes, que tienen en algunos puntos diez y ocho mil pies de elevación. En cuanto á los abismos del mar, los hay, segun aseguran, de una legua de profundidad; pero todas estas dimensiones extraordinarias son aún poca cosa comparadas con la del globo.

Valeria.—¡Ay, Dios mio! ¿cómo es de grande ese globo?

Elvira.—Los Caldeos,—este es el nombre de un pueblo muy antiguo, que fué el primero que observó los astros y los planetas,—los Caldeos decían que un hombre que caminara sin detenerse, andando una legua por hora, emplearía un año en dar la vuelta á la tierra. En efecto, su circunferencia tiene nueve mil leguas, y en el año hay ese mismo número de horas. Las mayores desigualdades que hay en

la superficie de nuestro globo son nueve mil veces mas pequeñas que él.—Ahora, amiga mia, considera tu naranja: tiene de circunferencia próximamente cuatro pulgadas ó cuarenta y ocho líneas; pues bien, la mayor de las desigualdades que ves en su cáscara no tiene una línea, y es por consiguiente cincuenta veces mas pequeña que la naranja. Tú comprendes que si la montaña mas alta de la tierra ó la cima mas profunda del Océano son nueve mil veces mas pequeñas que la tierra; y las rugosidades de la piel de la naranja solo son cincuenta veces mas pequeñas que ella; las montañas y las cimas deben aparecer mucho ménos sobre la superficie del globo, que esta ligera rugosidad sobre la piel de esta fruta.

Valeria.—Ahora sí que lo comprendo! pero me parece tan raro eso de que la tierra sea una gran bola redonda!

Elvira.—Te he dicho que es *casi redonda*: está ligeramente aplastada por dos de sus lados, opuestos entre sí, y que se llaman los dos polos; pero este aplastamiento, aunque es de la trescentésima trigésima cuarta parte del globo terrestre, altera muy poco su figura.

Valeria.—Has llamado á la tierra un planeta, me parece: ¿qué significa esa palabra planeta?

Elvira.—Significa *errante*; otro día te diré por qué se llama así á la tierra, á la luna y á otros muchos cuerpos celestes.

Valeria.—Yo te recordaré tu promesa. Ah! gracias á Dios que hemos llegado al fin de la cuesta! Ya era tiempo.

Elvira.—Sentémonos un momento ántes de entrar en la iglesia. Veamos lo que traes en tu canastillo: almuerzo y descansa.

Valeria, (enjugándose la frente).—En verdad, que esta cuesta es muy pendiente. ¿Por qué habrá hecho Dios las montañas? Si la tierra estuviese llana, no se cansaría uno en subir y en bajar.

Elvira.—Esas palabras son muy atrevidas y bien poco consideradas, hija mia: todo lo que Dios ha hecho está bien hecho. Criticar sus obras es una temeridad insensata y culpable. Las desigualdades de la superficie de la tierra constituyen su mayor adorno, sus bellezas mas admirables. Nada puede igualar á la majestad de esos montes cubiertos de hielo en su cima, que parecen magníficas columnas sosteniendo la bóveda azulada. El firmamento, radiante de estrellas, se despliega sobre sus cúspides de cristal como un brillante pabellon; los árboles mas bellos, la encina de altanera frente, el pino de perenne verdor, el cedro de religioso follaje, los rodean cual rico capitel. Sus nevadas frentes, heridas por los rayos del sol, nos presentan los ricos cambiantes del ópalo y del zafiro; ó bien, cubriéndose de espesos vapores, se ocultan á nuestras miradas que en vano las buscan entre las nubes. De ellos se lanzan impetuosos esos ríos que llevan á nuestras campiñas frescura y fertilidad. ¿Habrá valles si no hubiese montañas? En una tierra constantemente llana ¿se vería esa variedad de plantas, de yerbas y de flores? A unas las gusta la fresca orilla de un arroyo; á otras las gargantas mas recónditas de ésta, irgue su graciosa cabeza en las mas frias regiones, sobre los escollos; en las rocas inaccesibles; aquella, en las abrasadas llanuras. Tal necesita las tibias caricias de los céfiros, cuando solo los rudos soplos del aquilon hacen crecer á cual otra.

Valeria.—Vamos! ahora hacia yo lo que el hombre de la fábula que papá me enseñó ayer.

Elvira.—¿Quieres recitármela, amiga mia?

Valeria.—Con mucho gusto! Oye:

EL LABRADOR Y LA PROVIDENCIA.

(FABULA.) *

Un labrador cansado
En el ardiente estío
Debajo de una encina
Reposaba pacífico y tranquilo.
Desde su dulce estancia
Miraba agradecido
El bien con que la tierra
Premiaba sus penosos ejercicios.
Entre mil producciones,

* Samaniego.

Hijas de su cultivo,
Veia calabazas,
Melones, por los suelos esparcidos.
“¿Por qué la Providencia,
Decía entre sí mismo,
Puso á la ruin bellota
En elevado preeminente sitio?
¿Cuánto mejor sería
Que, trocando el destino,
Pendiesen de las ramas
Calabazas, melones y pepinos?”
Bien oportunamente,
Al tiempo que esto dijo,
Cayendo una bellota
Le pegó en las narices de improviso.
“Pardiez! prorumpió entónces
El labrador sencillo;
Si lo que fué bellota,
Algún gordo melon hubiera sido,
Desde luego pudiera
Tomar á buen partido,
En caso semejante,
Que lar desnarigado, pero vivo.”

*Aquí la Providencia
Manifestarle quiso,
Que supo á cada cosa
Señalar sábiamente su destino.
A mayor bien del hombre
Todo esta repartido,
Preso el pez en su concha,
Y libre por el aire el pajarillo.*

Elvira.—Esta fábula es muy linda, y tú la recitas muy bien.

Valeria.—Papá me la hizo comprender primero, y luego me enseñó á decirla. Hace un momento que era yo tan tonta como el labriego. ¿Qué buen chasco habria llevado si Dios hubiese hecho nacer los melones en las encinas! como yo, si hiciera desaparecer estas montañas que nos ofrecen tan hermosos puntos de vista, que resguardan nuestros valles, y dan nacimiento á esas bellas aguas que prestan frescura y belleza al nuestro.

Elvira.—Nada puedo añadir yo, querida mia, á la lección que tú misma te das. Continúa aprovechándote de la enseñanza que siempre contienen las fábulas que tu papá te enseña: debemos instruirnos, especialmente para hacernos buenas y entendidas.

Lo que tengo que decirte acerca de las montañas y de las ventajas infinitas que su existencia nos proporciona, es bien poca cosa en comparación de los demás que habré de referirte. Pero tocan el *Angelus*. Entremos en la capilla: mas tarde continuaremos nuestra conversacion.

Valeria.—Sí, sí; vamos á rezar! Yo quiero pedir á Dios por mi buena Elvira, que tanto placer me causa hablándome de él y de sus obras.

Elvira.—Amable y querida niña: ¡cuán feliz es el que puede prodigarte sus cuidados! ¡Que no pudiese yo ver correr mis días al lado tuyo en este pacífico retiro y en estas dulces conversaciones!

EDUARDO.

Eduardo era un niño que en los primeros años de su vida no tenia afición ninguna al estudio. A lo que sí tenia una afición decidida, era á correr por el campo y á jugar. No podía él concebir cómo otros niños de su edad tenían paciencia para estar mucho tiempo estudiando con los ojos clavados en un libro, ni se figuraba remotamente el placer que en ello encontraban, porque Eduardo aun no sabia leer. Aconteció que un día vino á sus manos un libro lleno de viñetas y grabados de mucho gusto, que representaban asuntos muy interesantes. Eduardo fué considerando los dibujos hoja por hoja, muy divertido; pero le ocurrió una reflexión, que no pudo ménos de entristecerle. Hubiera él querido en el acto saber la significación de aquellas historias, y qué era lo que decían y ejecutaban aquellos personajes. Esta explicación tan deseada, se hallaba en aquellas páginas cubiertas de letras negras; él lo sabia, y por mas vueltas que daba al libro, nada podia adivinar. Entónces le vino el deseo de aprender á leer,

y sin dejar aquel libro de la mano, buscó quien le ayudase en su tarea. Dirigióse entonces á su madre, que queriendo aprovechar aquellas buenas disposiciones de su hijo, tomó por pronto remedio la determinacion de colocarle en una escuela de párvulos, y conseguido, fué tanta su aplicacion, que á poco tiempo ya leia de corrido. Nombrado entonces inspector de una seccion, y animado y enorgullecido noblemente con este título, la lectura fué su embeleso, su pasatiempo favorito: empleaba en ella hasta sus momentos de recreacion, y creciendo así su amor al estudio, ha llegado hoy dia á ser el primero de su clase.

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO V.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS EN SOCIEDAD.

ARTICULO VI.

DEL JUEGO.

I

El juego es, como la mesa, una piedra de toque de la educacion. El amor propio ejerce en él un imperio tan absoluto; tenemos todos tal propension á enfadarnos cuando nuestra habilidad queda vencida por la de los demás; nos impresiona tanto el ver desconcertados nuestros cálculos y combinaciones y perdidos nuestros esfuerzos; es tan natural, en fin, que nos sintamos contentos y satisfechos cuando salimos triunfantes, que si no hemos adquirido el hábito de dominar nuestras pasiones, si no poseemos aquel fondo de desprendimiento, generosidad y moderacion, que es inseparable de una buena educacion, imposible será que dejemos de incurrir en la grave falta de aparecer mustios y mortificados en los reverses del juego, y de ofender la dignidad y el amor propio de nuestros contrarios, cuando los vencemos, manifestando entonces una pueril y ridícula alegría.

II

El juego tiene una etiqueta que le es enteramente peculiar, y consiste en todas aquellas finas y generosas demostraciones que se hacen entre sí las personas que juegan, por medio de las cuales manifiesta cada una de ellas que solo la anima el deseo de pasar un rato de honesto entretenimiento y que no pone por tanto grande ahinco en salir triunfante, ni ménos pretende hacer ostencion de su habilidad y su talento, ni oscurecer y deprimir la habilidad y el talento de los demás.

III

Ya se deja ver que no hablamos aquí de esas reuniones de inmoralidad y de escándalo, donde el azar arrebatara el producto del trabajo, y lo hace pasar instantáneamente á otras manos; donde se arruina á la inocente familia, precipitándola desapiadadamente de la cumbre del bienestar, al profundo seno de la miseria; donde el hombre bien educado vá á cambiar sus elevados sentimientos por sentimientos de codicia y de cinismo, sus maneras suaves y elegantes, por maneras rudas y vulgares, sus hábitos de delicadeza y de cultura, por hábitos groseros y antisociales; donde se metaliza el corazon y se relajan sus mas tiernos afectos; donde se estragan, en suma, las costumbres, y se abre la carrera de todos los vicios. En semejantes reuniones no reina ni puede reinar ninguna especie de etiqueta, pues las sensaciones que se experimentan al ver perdidas en un momento cuantiosas sumas, cuya adquisicion ha costado acaso grandes fatigas, y el ansia de entrar á poseer el fruto del ajeno trabajo, no solo excluyen todo acto de generosidad y de fina cortesanía, sino que excitan en el ánimo sentimientos de indignacion y malevolencia; y raro es el hombre que llega á dominarse hasta aparentar serenidad y delicadeza, cuando hierven dentro de su pecho las mas crueles y violentas pasiones.

IV

Al ponernos á jugar, demos por hecho que la suerte no habrá de favorecernos, á fin de que este resultado no llegue nunca á sorprendernos, y á hacernos perder la serenidad y buen humor que entonces mas que nunca debemos manifestar en sociedad. Nada hay tan desagradable como el ver á personas que han empezado á jugar llenas de animacion y contento, ir tomando un aire de reconcentracion y displicencia, á medida que van experimentando contrariedades; desluciendo todavia mas, y apareciendo mas mezquinas y vulgares, aquellas en quienes alternan los sentimientos de la tristeza y de la alegría, segun que la fortuna les niega ó les concede sus favores.

V

Cuando juegan señoras y caballeros, la etiqueta exige aún mayor delicadeza y desprendimiento entre todos los jugadores. Los caballeros muestran entonces, en todos los actos del juego, aquella particular consideracion que deben siempre á las señoras; y éstas, por su parte, corresponden á la conducta obsequiosa y galante de los caballeros, manifestándoles siempre una atencion exquisita, y absteniéndose, sobre todo, de abusar en manera alguna de las contemplaciones debidas á su sexo.

VI

Al distribuir los naipes en los juegos carteados, los caballeros no arrojan sobre la mesa los que corresponden á las señoras para que ellas los levanten, sino que se los presentan atentamente y con cierta gracia, para que los reciban de sus propias manos. Igual obsequio tributa siempre un caballero de buen tono, á otro caballero á quien por su edad ú otras circunstancias debe especial consideracion y respeto; y aun á todos los demás con quienes juega, la primera vez que le toca distribuir los naipes.

VII

Las discusiones que suelen suscitarse en el juego no toman jamás, entre la gente fina, un carácter de seriedad ó importancia que pueda elevarlas al grado de calor de los altercados; y cuando no pueden resolverse prontamente por la fuerza de la razon y el convencimiento, ellas terminan siempre defiriendo cortés y afablemente los inferiores á la opinion de los superiores, y los caballeros á la de las señoras.

VIII

No nos entreguemos exclusivamente al juego, en reuniones que tengan tambien por objeto otros entretenimientos. Abstrayéndonos de esta suerte del centro de la sociedad, manifestariamos no encontrar en ella ningun otro placer, faltariamos al deber de contribuir por nuestra parte á la general animacion y á la variedad de las distracciones, y aun excitariamos la sospecha de encontrarnos dominados por el vicio cuyos funestos caracteres acaban de bosquejarse, el cual no debe irse á ostentar jamás en los círculos que preside la moral y el decoro.

ARTICULO VI.

DEL TRAJE EN GENERAL.

I

Las formas y demás condiciones del traje que debemos llevar en sociedad, están generalmente sujetas á los caprichos de la moda; y á ellos debemos someternos en cuanto no se opongan á los principios de la moral y de la decencia, sin que nos olvidemos, cuando hayamos llegado á una edad avanzada, de las modificaciones que en este punto aconsejan entonces la circunspeccion y la prudencia. Pero existen ciertas condiciones á que no alcanza la influencia de la moda, por estar fundadas en la propiedad y el decoro, segun lo que racionalmente exigen las diferentes situaciones sociales, y pueden por tanto establecerse, respecto de ellas, algunas reglas generales de aplicacion invariable y constante.

II

Los deberes relativos al traje no están fundados únicamente en nuestra propia estimacion, la cual exige siempre de nosotros un porte honesto y elegante, sino en la consideracion que debemos á la sociedad en que vivimos, para quien es ofensivo el desaliño y el desprecio de las modas reinantes, así como la impropiedad en el conjunto y los colores de las diferentes piezas de que consta el vestido. La persona que vistiese caprichosa ó negligentemente, se equivocaria si pensase que lo hacia tan solo á costa de su propio lucimiento y decoro, pues su traje manifestaria en la calle poco respeto á los usos y convenciones sociales del país, y en una visita, en un festin, en un entierro, en una reunion de cualquiera especie, iria á ofender á los dueños de la casa y á la concurrencia entera.

III

Debemos aparecer siempre en la calle decentemente vestidos; y en todos los casos en que no salgamos de nuestra casa con el objeto de asistir á reuniones, ó de hacer visitas que requieran un traje especial, tengamos por regla general é invariable el respetar las convenciones sociales, y armonizar con el espíritu y con los usos generales de la sociedad, usando vestidos que sean propios de cada circunstancia, de cada dia, y aun de cada parte del dia.

IV

Segun esto, no es lícito á ninguna persona presentarse en la calle el dia de una gran festividad con el vestido llano de los demás dias; ni puede una señora llevar de tarde el traje propio de la mañana, ó vice versa; ni puede un comerciante vestirse de lujo en las horas de negocios, ni fuera de estas horas puede aparecer con el traje sencillo del trabajo; ni está permitido, en fin, á la persona de posibles ó de carácter público, llevar nunca un traje que no esté á la altura de sus peculiares circunstancias.

V

El vestido que se lleve al templo debe ser severamente honesto, y tan sencillo cuanto lo permita la dignidad personal y el respeto debido á la sociedad; no debiendo jamás estar impregnado de aguas ó esencias cuya fragancia llegue á percibirse por los demás concurrentes. Las señoras, en quienes son tan propios y naturales los afeites y adornos, deben omitir, al dirigirse al templo, todos aquellos que en alguna manera desdigan de la santidad del lugar, y de la humildad y recogimiento que ha de manifestarse siempre ante la majestad divina.

VI

Toda visita de etiqueta y toda reunion de invitacion, exigen siempre un traje enteramente sério. En las reuniones de mesa muy pequeñas y de mucha confianza, puede relajarse un tanto la severidad de esta regla; bien que nunca hasta traspasar los límites de la propiedad y el decoro, y teniendo siempre presentes los principios de etiqueta contenidos en esta obra.

VII

La seriedad del traje en las señoras depende de circunstancias que no tienen un carácter bien definido, uniforme y constante, y que no pueden por lo tanto servir para establecer bajo este respecto ninguna regla fija; mas en cuanto al traje más sério de los caballeros, él está generalmente caracterizado por el uso de la casaca, el pantalon y el sombrero negros; variando al capricho de la moda los colores de la corbata y el chaleco, los cuales, sin embargo, son siempre suaves y á propósito para armonizar con las demás piezas del vestido.

VIII

El traje debe ser todo él negro, para hacer visitas de duelo y de pésame, y para concurrir á las reuniones de duelo, á los entierros, y á todo acto religioso que se celebre en conmemoracion de un difunto. Es altamente impropio y chocante, el pre-

entarse en estos casos con alguna pieza del vestido, inclusive el sombrero, que no sea enteramente negra.

IX

Aunque la levita no está admitida para ningún acto serio, puede sin embargo usarse para visitas que se hagan de día, aunque sean de etiqueta, con la única excepción de las de presentación y de ceremonia.

X

Es muy elegante y decente, en todas ocasiones, el uso de los guantes, y jamás deberá una señora ni un caballero ponerse á bailar sin tener con ellos cubiertas ambas manos.

XI

Es una vulgaridad el excusarse con una persona por haber de darle la mano encontrándose ésta cubierta con el guante; y todavía lo es más el hacerla esperar para despojarse previamente de él. No solo no hay motivo para una ni otra cosa, sino que es más propio y más aseado el dar la mano con el guante puesto.

XII

El traje de luto es un signo con que se expresa el dolor que se experimenta por la pérdida de un deudo, y al mismo tiempo un homenaje de consideración que se tributa á su memoria; y como es tan indispensable que en materias como esta exista siempre una manera de proceder uniforme y constante, la sociedad ha sancionado las reglas siguientes: 1ª, el luto se divide en *luto riguroso y medio luto*: el primero consiste en un traje enteramente negro, y el segundo en un traje en que se mezcla el color negro con el blanco ó con cualquier color oscuro: 2ª, por los padres, abuelos, hijos y nietos, el luto dura seis meses: por el esposo ó la esposa, un año: por un hermano, tres meses: por un tío ó un sobrino, un mes; y por cualquier otro deudo, dos semanas: 3ª, estos períodos en que se ha de llevar el luto se dividen en dos épocas de igual duración, en la primera de las cuales se usa el luto riguroso, y en la segunda el medio luto.

XIII

A ninguno le está prohibido llevar luto, en cualquier caso, por más tiempo de aquel en que deba llevarlo según el párrafo anterior.

XIV

El viudo ó la viuda que estando todavía de luto contrae matrimonio, abandona el luto desde el momento de la ceremonia nupcial.

XV

Las personas que están de luto, deben omitir en sus vestidos todo aquello que pueda comunicarles algún carácter de lujo. Son enteramente impropios en estos casos, los vestidos en que se manifiesta haberse puesto un esmero especial, ó en que aparecen adornos que no son absolutamente indispensables.

XVI

La diversidad en las piezas de que consta el traje, en las telas que para ellas se eligen, y en las formas que les dá la moda y el gusto de cada cual, es una prueba evidente de que nuestros vestidos no tienen por único objeto el cubrir el cuerpo de una manera honesta y decente, sino también contribuir á hacer agradable nuestra persona, por medio de una elegante exterioridad. Y como de la manera de llevar el traje depende en mucha parte su lucimiento, pues en un cuerpo cuyos movimientos sean toscos y desairados, las mejores telas, las mejores formas y los más ricos adornos perderán todo su mérito, es indispensable que procuremos adquirir en nuestra persona aquel desembarazo, aquel despejo, aquel donaire que comunica gracia y elegancia aun al traje más serio y más sencillo.

El castillo de naipes.

(FABULA.)

En pacífico albergue
Vivia muy tranquilo
Un feliz matrimonio,
Acompañado solo de dos hijos.
Sus campos cultivaba
Con esmero y ahinco,
Y en copiosas cosechas
Les pagaba la tierra el beneficio.
Bajo sus verdes parras
Cenaba en el estío,
Pasando del invierno
A una gran lumbre los penosos frios,
Ya dando documentos
De virtud á sus niños,
Ya con cuentos morales
Teniéndolos acaso entretenidos.
El mayor, una noche
Sentado en un banquillo
Al lado de una mesa,
Leía en el Rolin muy embebido,
En tanto que el pequeño,
Con maña y artificio,
De una porción de naipes
Aspiraba á formar un gran castillo.
En esto, cierta duda
Ocurre al lector mio,
Y dícele á su padre,
Con gran curiosidad cerrando el libro:
—¿Por qué algunos guerreros
Se llaman como he visto,
Conquistadores, y otros
Fundadores? pues qué no son lo mismo?
Discurría su padre
Qué responder al hijo;
Cuando héte aquí que el otro,
Loco al ver completado su designio:
—Papá, ya acabé, exclama
Lleno de regocijo.
El mayor, enojado,
De un manotón deshácele el castillo;
Y el cuerdo padre entónces:
—Tu hermano, dice, el fundador ha sido
Y tú en este momento
Eres conquistador. ¡Oh! qué bien dijo!

Corrección fraterna.

—Agustín, ¿si se habrá comido el gato tu pájaro, que he encontrado muchas plumas al pié de la escalera?

—No, hermano mio, he sido yo el que le he desdesplumado, á ver qué facha tenía sin plumas.

—¿Cómo hermano mio, tú has tenido esa crueldad y la confiesas friamente sin avergonzarte!

—¿Pues qué mal había en eso? ¿no me le habían dado para divertirme?

—Mas tú debías saber, que lo que divierte, no por eso es permitido. Lo que es malo por sí, no se justifica por el placer que nos procura. ¿Qué crímenes no podían cometerse, si bastara el decir que la cosa nos divierte y nos agrada? ¿Cómo has de ser en adelante humano y sensible á los males de los demás, si son tales las diversiones de tu infancia? ¿Qué se puede esperar de un corazón siempre cerrado á la piedad?

—Hermano, tu moral es muy grave, y esas son palabras muy serias, para una cosa que no merece la pena. Creeme, tú ponderas mucho la influencia del placer que yo he tenido: una travesura que no rebelará contra mí al género humano.

—No creas que esta conjetura es solo mía, tiene un fundamento más imponente que mi opinión. El Aréopago, aquel tribunal de Atenas, compuesto de los más virtuosos ciudadanos, de los más respetables por sus servicios, y más venerables por sus años, reputado tan justo que hasta los mismos dioses remitían á él sus contiendas, este tribunal tuvo un día que sentenciar una causa igual á la tuya. Acusaron á un niño de haberse divertido en sacar

los ojos á un pajarito. Probado este delito, los jueces sentenciaron al culpable á perder la vida.

—¿La vida?

—Sí, la vida. La sentencia se fundaba en la inclinación funesta y carácter sanguinario que revelaba esta acción, que harían de aquel niño cruel el asesino de sus semejantes. Yo te dejo ahora abandonado á tus reflexiones, y espero que ellas me volverán bien pronto un hermano arrepentido.

El gato y el antejo.

(FABULA.)

Cierto gato montés de gran sesera,
Y cazador también muy afamado,
Fijó su domicilio y sus ojeos
En el parque de un rico potentado,
Abundante de liebres y conejos,
Donde el nuevo Nembrot, en el asalto
Y en la carrera diestro, día y noche
De pluma y pelo se llenaba el pancho.
En vano le espiaban y seguían
Los diligentes guardas, pues mi gato,
Agazapado en una madriguera,
Burlaba sus pesquisas y cuidado.
Sin embargo, temía ser cogido,
Porque su vista á fuerza de los años
Cada día iba á menos; y este miedo
Le tenía ya triste y cabizbajo,
Cuando héte aquí, que un día su desgracia
Le depara un antejo de teatro,
Que el gran señor sin duda perdería.
Examínale bien; y por acaso,
Aplicando sus ojos á un extremo,
A distancia muy corta ve un gazapo.
—¡Oh! qué tesoro! dice, bendiciendo
Mil veces el antejo, alborozado,
Y siguiendo al gazapo, persuadido
De que se hallaba á diez ó doce pasos.
Oye algún ruido: aquí del gran antejo;
Pero por su desgracia, el mentecato
Mira por el extremo contrapuesto,
Y descubre á mi guarda. Sin embargo,
Como le pareció que estaba lejos,
Y cerca el gazapillo, no hizo caso,
Y avanza hácia la presa: de manera
Que mi guarda, que estaba á pocos pasos,
Acecha al salteador, y le saluda
Con la atención que gastan de ordinario,
Metiéndole dos balas regulares,
No sé si por el vientre ó espinazo.

*Esto sucede á muchos que, teniendo
Antejo semejante al de mi gato,
Ven lo que les disgusta muy distante,
Pero lo que desean, muy cercano.*

La víbora y la sanguijuela.

(FABULA.)

A cierta sanguijuela
Una víbora un día
La dijo: nuestra suerte
¿Qué vária es! ¡qué distinta!
A tí todos te buscan,
Cuando de mí á porfía
Se ahuyentan, y con rabia
A darme muerte aspiran;
Y aunque las dos hacemos
Casi una misma herida,
A tí veo que el hombre
Te dá su sangre misma.
La sanguijuela entónces:
—¿De qué te maravillas,
Dice, si tú le matas,
Y yo le doy la vida?

*¡Satíricos mordaces,
Tomad esta doctrina,
Que la crítica justa
Esto mismo os avisa!*